

da, tornasolada de manteca. Se llamaba *Santíos*.

La nana recogió del suelo un *olote* y se lo tiró al *poyo* con todas sus *juerzas* de molendera.

—¡Poyo baboso!... ¡Encaramate al baúl jepuerca, si tiartan la tortilla no te doy más!

La Santíos se encaramó en el *baúl*. Venía lloviendo *tieso* por los potreros. El cerro pelón, parado enmedio de los llanos, gordo y cobarde no halló donde meterse y se quedó. Llovió sin *pringar*, de golpe, a torrentes, con un viento encontrado, que corría atropelladamente en todos los rumbos como si llevara un tigre agarrado a la espalda. El *hojarasquin* mísero, de paredes de palma, se tambaleaba *chiplante*, desplumado, entregado a la *voluntá* de Dios.

—¡Istúpida, tapa ligero el hoyo con el costal!

La Santíos puso el pedazo de *tortiya* en el saliente del horcón y *jué* a *zocoliarle* el costal al *juraco*. La piel del cielo tembló ligeramente de terror, y el rayo, con un alarido salvaje, le estampó su *jierro* caliente que tenía la forma de un palo seco. Un berrido de dolor llenó los ámbitos oscuros. La *istúpida* no tapaba bien el hoyo y la *nana* la *arronjó* del pelo y lo tapó.

—¡Quitá, endezuela emierda, bis nacido para muerta.

La Santíos se *jué* a sentarse en la *cuca* y se quedó mirando, con los ojos y con la boca, por la puerta. El viento *bia* menguado, aplastado por *lagua*. En el patio, y al ras de la corriente, iban saltando *pa* la calle un *montonal* de *ininitos* de *huishte*, a toda *virazón*, unos detrás *diotros*. De los alambres del cerco *caiban*, *desguindándose*, unos miquitos *platiados*. La Santíos se despertó con la escupida de una gotera.

—Mama, aquíés onde chingasteya lagua, mire...

Iba gota a gota llenando su manita acucharada; cuando le rebalsó, *diún* *nanotazo* se la metió en la boca.

—¡Istúpida, bien bis óido que tenés catarro! ¿No sabés que lagua yovisa es mala? Te puede quér al pecho, animala...

Pasado el aguacero, la Santíos salió para el río con la *tinaja*.

—Güelva luego, carajada, si no quiere que la tundeye como ayer.

La Santíos *voltió* a ver y siguió su camino. Iba, humilde y *shuca* en la frescura dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita. El río venía hediondo y colorado, y su *ruidal* llenaba la barranca haciéndola más oscura. Humilde y *shuca* bajó de piedra en piedra, sujetando con mano temblorosa la tinaja sobre la cabeza *canche*. Llegó al ojo *diagua* encuevado, límpido y lloviznoso, y con el huacalito fué llenando, llenando la tinaja de aquel amor.

Un trueno lejano venía arrastrando la noche por la barranca. Era como el rugido de una montaña herida de muerte. Desde una altura, un indio de manta agitaba los brazos, gritando desesperado:

—¡Istúpida, babosa, la repunta, ái viene la repunta; corra, istúpida, corra!!

La niña, sin oír, seguía llenando tranquila la *tinaja*.

En el momento en que la repunta *voltió* en el recodo del río, espumosa y furibunda, arrasando a su paso los troncos y las piedras, la altísima muralla que estaba a las espaldas de la niña, en la margen opuesta, altísima y solemne como un angel de barro, abrió sus alas y se arrojó al paso. Su derrumbe acallando todos los ecos borrachos había sonado a un NO profundo y rotundo. La repunta se detuvo. Y no fué sino cuando la Santíos había entrado ya en el patio de su rancho, pintando en el barro la flor de su patita, que el río abrió de un puñetazo su paso hacia la noche.

### La brusquita

El rancho de Polo quedaba allá donde empieza a trepar el volcán, al pie de unos *caragos floridos*, al *jaz* de la vereda que lleva *onde* Meterio Ramos, cerca del cantón Guaruma. Entre pedrenchos morados, hecho con paja de arroz y palma, el rancho miraba *pa* bajo, *pa* bajo, por encima de los grandes potreros del Derrumbadero, hasta el río Guachote *quiba* haciendo así, así, hasta perderse en la montaña. Encorralado en un requiebre, entre cocos y platanares estaba el pueblo. Eran todas las casitas blancas y estaban echadas con los ojos abiertos. Como ganado arisco en desparpajo iban allá los cerros *atrompezándose* unos con otros o encaramándose al *dir* de brama.

La *señá* Manuela, la partera, dejó el *guacal* de café en la hornilla apagada, sobre el polvito azul de la ceniza, y con un palito encendido *prendió* la cabuya de su cigarro. Con un ojo apagado por el humo le dijo a Polo para cerrar plática:

—Ve vos, yo sé lo que te digo: nuai más dolor que el de parir...

Polo asintió con sencilla nobleza de *irnorante*.

Se despidió la vieja y se fué, y el indio, que vivía sólo allí, descolgó la guitarra como quien apecha la tristeza sin temor y *liayudó* al cielo a *dir* pariendo estrellas en la tarde.

\* De allá de la carretera, de bien abajo, venía cargando con ella. La *bian arronjado diun altomóvil*. Él *bia* visto el empujón y el *barquinazo*. Iban todos *bolos* y ella lloraba a gritos. Cayó en *pinganias* y dando una *güelthereta* sembró la cara en el lodo y se quedó *aletiendo*. Él la *pepenó* y como no había donde, se la llevó cargada al rancho, cuesta arriba, cuesta arriba, *sudoso* y enlodado. Ella *sangriaba* y se quejaba. Por dos veces la *bia apiado* para que arrojara. Arrojaba un *piro* espumoso y hediondo y *diay* se desmayaba.

Entró con ella apenas; la puso en la cama y empezó a lavarle la cara con un trapo mojado. A la luz del candil *vido* al ir borrando que tenía la cara *chula*. El pelo lo *andaba* al *jaz* de la nuca; era blanca y suavcita, suavcita como algodón de ceiba. Cuando abrió los ojos *vido* que los tenía *prietos* y *bri-*

*llosos* como charcos *diagua* en noche de relámpagos.

Se quedó allí mientras se curaba. Había pasado una *goma feya* que le bajó con *chaparro*. Con la sobada que le dió en la pierna, bajó la hinchazón. Podía apenas dar pasitos renqueando y quejándose. Pasaba todo el día tirada boca arriba en la cama, descalza su blancura y triste el negror de sus ojos que le *sonreiban* agradecidos. Se dormía, se dormía, y él la *veiya* desde el taburete, medio envuelta en el *perraje* con el pelo en la cara, *acuchuyada* toda ella, dándole el redondo de su cuerpo con un abandono que le hacía temblar y *herver*. Cuando estaba *projunda*, se acercaba y se inclinaba. *Güelia ansina* como una *jlor de no sé qué*, con un *perjume* que *mareya* y que da *jiebre*. Pero Polo sabía en su sencilla nobleza de *irnorante*, que *nuay* que *conjundir* la *caridá*...

—Usté, ¿diondés?

—Yo?... de la capital...

—¿Por qué la embolaron y la arrojaron?...

—Por bandidos que son. Les pegué en la cara y les dí de patadas *yentonces* me aventaron los malditos...

Polo quería decir algo, quería sacar *ajuera* el *ñudo* que se le *bia* hecho en la garganta; pero no salía; era como una espina de pescado y no salía más que por los ojos. Ella lo miraba soriente. Para animarlo le dijo:

¿Qué no me mira que soy «brusca»?

El no comprendió aquel término urbano. ¡Ah, si lo hubiera dicho con P, qué feliz habría sido!

—¡Qué brusca va ser usté!...

Ella respetó aquello que creyó ser una ilusión de pureza. El sin duda la tomaba por niña!

Se separaron en el cruce de los caminos. Allá en el plan. Se miraron fijo un rato mientras cantaban los *pijuyos*. Ella le cogió las manos y se las besó, y se le *atrinquetió* en el pecho, y ligerito le dió un beso en la cara y se alejó *renquiando*. Él quedó como sembrado. Rígido como *brotón* de cerco, mirándola *dirse pelona* y *chula*, chiquita y blanca. Cuando *descruzó*, lo *voltió a mirar* parándose un momento y le dijo adiós con los dedos. Él, sin *juerzas* casi, le meció la mano.

Sentado en la piedra, frente al rancho, miraba *baboso* y *juído* del mundo, cómo venían por los potreros del Derrumbadero, los toros tardíos, cabeceando y mugiendo, como si empujaran un trueno.

En la puerta del rancho la *señá* Manuela, la partera, cansada de hablar sola, se *encumbró* el último trago de café hundiendo la cara en el *guacal* y sentenció siempre *al igual*:

—Yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir...

Con sencilla amargura de *irnorante*, el indio dejó de hacer cruces en la arena y de un golpe clavó con furia el *corvo* en el tronco del *carago*. Cayeron *jlores*.